

La mujer de la pierna de palo se permitió una segunda sonrisa y salió por la puerta trasera que daba al patio del

pozo. Pero después se volvió a abrir la misma puerta y se presentó un hombre bastante. Llevaba una gorrija y una blusa, y por debajo de esta salía un objeto. Tenía algunas piezas en los pies de su blusa y la mirada de un hombre a quien acababan de

VII.

Se adelantó. Se miraron todos unos a otros. Él de la blusa tenía facha de desconchado y de tano. Él mismo la conversacion, diciendo:

COMPRADORES NOCTURNOS Y VENDEDOR TENEBROSO.

El que habla llamado a la vidriera respondió: —¿Sois vos el parisiense? —¡Llamado Parouge. El mismo. —Veanos aquello.

El martes por la noche Clubin no estuvo en la posada Jean. Tampoco estuvo en la noche del miércoles.

En dicha noche, dos hombres penetraron en la calleja de Coutanchez, y se pararon delante de la Jacressarde. Uno de ellos dió un golpe en la vidriera. La puerta de la tienda se abrió. Entraron. La mujer de la pierna de palo les dirigió la sonrisa reservada á la gente regular. Encima de la mesa habia una vela.

Aquellos hombres eran en efecto dos personas regulares.

El que habia dado un golpecito en la ventana dijo: Buenos dias, patrona. Vengo por aquello.

La mujer de la pierna de palo se permitió una segunda sonrisa y salió por la puerta trasera que daba al patio del pozo.

Pero despues se volvió á abrir la misma puerta, y se presentó un hombre bostezando. Llevaba una gorrilla y una blusa, y por debajo de ésta salia un objeto. Tenia algunas pajas en los pliegues de su blusa y la mirada de un hombre á quien acaban de despertar.

Se adelantó. Se miraron todos unos á otros. El de la blusa tenia facha de desconfiado y de tuno. Él inició la conversacion, diciendo:

—¿Sois vos el armero?

El que habia llamado á la vidriera respondió:

—Sí. ¿Sois vos el parisiense?

—Llamado Peaurouge. El mismo.

—Veamos aquello.

El hombre sacó de debajo de su blusa un arma muy rara en Europa en aquella época, un reвольver.

Era un reвольver nuevo y brillante. Los dos recién venidos le examinaron. El que parecia conocer la casa, á quien el hombre de la blusa habia calificado de «armero,» estudió el mecanismo. Pasó el objeto á manos del otro, que parecia no ser tan de la ciudad y que permanecia de espaldas á la luz.

El armero preguntó:

—¿Cuánto?

El hombre de la blusa respondió:

—Acabo de llegar de América con él. Hay viajeros que

traen de allí monos, cotorras, y otros animaluchos, como si los franceses fuesen salvajes. Yo he traído el reвольver. Es una invencion útil.

—¿Cuánto? replicó el armero.

—Es una pistola que hace el molinete.

—¿Cuánto?

—Paf. Un tiro. Paf. Otro. Paf... otro. Es para sacar de apuros á cualquiera.

—¿Cuánto?

—Tiene seis cañones.

—Y bien ¿cuánto?

—Seis cañones, seis luises.

—¿Quereis cinco?

—Imposible. Luis por bala. Es el precio.

—Si quereis venderlo, poneos en razon.

—He dicho el precio justo. Examinad bien esta pieza, señor arcabucero.

—La he examinado.

—El molinete da vueltas como monsieur Taillierand. Podria ponerse este molinete en el Diccionario de las vele-tas. Es una joya.

—Lo he visto.

—En cuanto á los cañones, son de fundicion española.

—Lo he notado.

—Son de herraduras retorcidos. Hé aquí cómo se hace eso. Se vacía en la fragua la banasta de un trapero de hierro viejo. Se coge todo el hierro viejo que se encuentra á mano, clavos de albeitar, herraduras rotas...

—Y hojas viejas de hoces y guadañas...

—Iba á decirlo, señor armero. Se da á todo ese revol-tijo una buena calda, con lo que se forma una magnífica pasta de hierro...

—Sí, pero que puede tener quebrajas...

—¡Toma! Todo eso se remedia con colas de golondrina, así como se evitan los riesgos de las hojas golpeando con fuerza. Se machaca la pasta con el martillo, se le dan otras dos caldas, y si el hierro se ha quemado, se le vuelve á su estado primitivo por medio de otras caldas lentas y batiéndolo mas suavemente. Y despues se le estira, y luego se le arrolla, y en seguida se hacen estos cañones.

—¿Por lo visto sois del oficio?

—Yo soy de todos los oficios.

—Los cañones hacen aguas.

—Es un nuevo mérito que tienen, señor armero. Esas aguas se dan con manteca de antimonio.

—Decimos, pues, que vamos á daros cinco luises.

—Me permito haceros observar que he tenido el honor de decir seis luises.

El armero bajó la voz.

—Escuchad, parisiense. Aprovechad la ocasion. Des-haceos de este instrumento. Una arma como ésta no sirve para vosotros. Llama demasiado la atencion.

—En efecto, dijo el parisiense, se ve demasiado. Es mejor para un hombre de su casa.

—¿Quereis por ella cinco luises?

—No, seis. Uno por tiro.

—Pues bien, seis napoleones.

—Quiero seis luises.

—Por lo visto no sois bonapartista. Preferís un Luis á un napoleon.

El parisiense, llamado Peaurouge, se sonrió.

—Napoleon, dijo, es mejor, pero Luis vale mas.

—Seis napoleones.

—Seis luises. La diferencia es para mí de veinte y cuatro francos.

—Siendo así, no hacemos nada.

—¿Cómo ha de ser? Me quedaré con mi joya.

—Sí, quedaos con ella.

—No rebajo nada. No quiero que se diga que por un pedazo de pan me he deshecho de una maravilla.

—Entonces no hacemos nada.

—Es un progreso sobre la pistola, que los indios que sapeacos llaman Nortay-u-Hah.

—Cinco luises pagados al contado son algo.

—Nortay-u-Hah quiere decir *Fusil Corto*. Eso no lo saben todos.

—¿Quereis cinco luises, y un escudo para echar un trago?

—He dicho que seis.

El hombre que estaba vuelto de espaldas á la luz y que no habia aun despegado sus labios, hacia durante el diálogo girar el mecanismo. Se acercó al armero y le dijo al oído:

—¿El objeto es bueno?

—Escelente.

—Doy los seis luises.

Cinco minutos despues, mientras el parisiense llamado Peaurouge metia en una escotadura secreta que tenia su blusa debajo del sobaco los seis luises de oro que acababa de recibir, el comprador, metiéndose el revolver en el bolsillo del pantalon, salia con el armero de la callejuela de Coutanchez.

VIII.

CARAMBOLA DE LA BOLA ROJA Y DE LA BOLA NEGRA.

Al dia siguiente, que era jueves, á poca distancia de Saint-Malo, cerca de la punta del Decollé, en un punto en que la costa es alta y el mar profundo, pasó una escena trágica.

Una lengua de rocas en forma de lanza, que se une á la tierra por un istmo estrecho, se prolonga en el agua y termina de pronto en una gran rompiente cortada á pico; no hay nada mas frecuente en la arquitectura del mar.

Para llegar, viniendo de la playa, á la meseta de la roca cortada á pico, se sigue un plano inclinado cuya subida es algunas veces bastante áspera.

En una meseta de este género se hallaba en pie á las